# DISCURSO

PARA LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL COLEGIO DE NIÑAS
DEL SAGRADO CORAZÓN, CELEBRADA EL 24 DE JULIO
DE 1906.

MUCHO tiempo hace que no os he dirigido un discurso en forma, con motivo de la presente solemnidad. Hoy, empero, las circunstancias son tan excepcionales, que no puedo menos que volver á mis antiguas costumbres, y manifestaros sin rebozo los sentimientos en que abunda mi corazón. Tras larguísima ausencia vuelvo á vuestro seno, y en vez de hallar los deterioros del tiempo, la decadencia de los años, el cansancio que trae el prolongado trabajo, encuentro todo renovado, material y moralmente: el edificio adornado con todos los adelantos de la época, los estudios elevados á grande altura, la disciplina en todo su vigor, el personal docente aumentado, y el número de alumnas superior á nuestras aspiraciones. Al ver este plantel en un estado tan floreciente, no puedo menos que llenarme de satisfacción y dar gracias á Dios que vela por nosotros, y cuida de sus criaturas con solicitud paternal.

En seguida debo manifestar mi agradecimiento y

admiración, hacia quien ha sabido con tanto tino dirigir esta casa, y ganar de tal manera los corazones, que ni trabajos ni sacrificios hayan parecido duros á mis diocesanos, tratándose de la educación de sus hijas. Á las alumnas debo expresar mi complacencia por su constancia en el estudio, su filial obediencia, sus insignes adelantos. A todos, en general, dirijo ruidosos aplausos por haber sabido levantar tan alto el nombre de mi diócesi y especialmente el de este querido colegio.

Los ecos de estos aplausos llegarán, sin duda, al Canadá, y á los Estados Unidos, y al Perú, y á Chile, donde, quién en puesto de honor, quién en religioso retiro, viven lejos del teatro de sus primeras hazañas, muchas de las que en época de fiera tempestad gobernaban esta barquilla. Ellas, sin duda, se unirán á nosotros en nuestro himno de triunfo, y llorarán de entusiasmo al ver que sus trabajos no fueron estériles. «Fué culpa de los tiempos adversos y no mía (dirá alguna), si algo decayó el colegio en la época azarosa en que me tocó dirigirlo.» «¿Qué habría sucedido (dirá otra) si nos hubiéramos retirado de aquella plaza tan estratégica, cuando en 1895 se pensó en levantar el campo?» Otras maestras nos habrían substituido, y ahora veríamos floreciente, en ajenas manos, el jardín que nosotras plantamos.» «Bendito sea (exclamará, por último, alguna otra) quien, á semejanza del héroe de la antigua Roma, no desesperó nunca de la salvación de la patria, bendita sea la energía y la constancia que nos hizo perseverar y vencer.»



Mientras eso pasa en la tierra, desde el cielo nos mira complacida y nos bendice la bienaventurada fundadora de las cuatro casas del Sagrado Corazón que existen en Méjico. ¿Para qué recordaros su historia, que mejor que yo conocéis? Un error trajo á Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, y un error la trajo á ella á este mundo desconocido. Palabras lisonjeras y de pura diplomacia se tomaron por una formal invitación, y creyéndose expresamente llamada por el insigne Arzobispo de Méjico, D. Pelagio Antonio de Labastida, arribó la Madre Isabel Moran con dos compañeras á las playas de Veracruz. Eran los tiempos tan azarosos, que ciertos sacerdotes (aún vive alguno de ellos), cuyas palabras acostumbráis acatar como oráculos, le dijeron, y estuvieron repitiendo durante seis meses: «Lo mejor que podéis hacer es regresar por el camino que habéis traído.» En cambio, el Arzobispo les abrió los brazos, convirtió en invitación explícita lo que había sido mero cumplimiento, les brindó con generosa hospitalidad, y á despecho de contrarias opiniones y de augurios pesimistas, se fundó el gran Colegio que se eleva floreciente en la Capital.

Otro error dió margen á la segunda fundación en territorio mejicano. Creyendo que se trataba de una escuelita con tres ó cinco profesoras, se instó á la Madre Moran á que la hiciera; y grande fué la sorpresa de la bienhechora que concibió el proyecto, cuando la vió llegar con un lucido estado mayor y una legión de maestras. Pero la casa se fundó, y aunque en estos

momentos, vientos contrarios parecen derribarla, esperamos que se sostendrá.

La tercera fundación fué la nuestra, y ésta sí no se basó en un error, sino en un exceso de confianza que pudo parecer y pareció temeraria, pero que los hechos han justificado. Permitidme una reminiscencia bíblica.

Hermoso es el episodio en que el anciano Abraham envía á su mayordomo Eliezer, en busca de esposa para su hijo. El juramento del fiel servidor; su marcha con un tren de diez camellos; su llegada á la casa de Labán; su encuentro previo con Rebeca; la amabilidad de ésta al dar de beber á él y á su recua, forman una serie de cuadros dignos del más hábil pincel. Pero mejor es todavía la narración de los sucesos subsiguientes. Solicita Eliezer la mano de la niña para el hijo de su Señor; la concede Labán; pero pide una tregua de algunos días, á la cual se opone el ansioso mayordomo. Lo dejan entonces al arbitrio de la doncella, y le preguntan: «¿Quieres ir con este hombre? Ella respondió: iré.» Tranquilos con esta respuesta, le dieron licencia para que partiera con su nodriza, y con el mayordomo de Abraham y su caravana, y, como sigue diciendo la Escritura, «la dejaron ir dando bendiciones á su hermana y diciendo: Hermana nuestra eres. Crezcas en millares de millares, y tu posteridad posea las puertas de tus enemigos.»

Algo parecido pasó en la fundación de este Colegio. Vuestro Prelado, ni más ni menos que Eliezer, estaba ansioso de traer sin tardanza á la que había de reformar la educación de los hijos de San Luis. No faltaban vacilaciones y dudas, y se pedía también una tregua. Al fin sus hermanas preguntaron á Isabel Moran: ¿Quieres ir con este hombre? *¿Quieres ir con este hombre?* exclamaron con irónico acento algunos de los que antes le habían aconsejado que abandonara la empresa de establecerse en Méjico. Ni sabes á dónde vas, ni conoces la casa que se te ofrece, ni tienes idea del alcance de las promesas de quien pretende llevarte consigo, ¿y así quieres ir con este hombre?



*Iré,* dijo resueltamente, como Rebeca, la Madre Moran, y vino, y estáis viendo que tuvo razón: y se han multiplicado sus hijas en millares de millares, cumpliéndose los augurios de sus hermanas, y ahora que ya no existe, su posteridad espiritual posee las puertas de sus enemigos. No sólo los elementos se han desencadenado más de una vez contra este sagrado edificio, sino que el ariete y la mina han trabajado por derribarlo, más que por el placer de su destrucción, por sepultar bajo sus escombros al Eliezer que trajo á las extranjeras. Y á pesar de todo, aún se levanta el gigantesco edificio, próspero y floreciente, y aún se mueve libre y con bríos el iniciador de la empresa.

La cuarta fundación de la Madre Moran presentó más graves dificultades, pues había que vencer serias oposiciones de propios y de extraños, y resistir á la opinión contraria de sus más sinceros amigos. Todo lo superó su inquebrantable voluntad. . . . . y terminó su misión en Méjico.

El gran mérito de la Madre Moran, consiste en haber sabido empapar á la sociedad mejicana, en la idea de que no basta á la mujer la educación sencilla que antes se le daba, sino que ha menester de una instrucción superior, acomodada á los adelantos del día y á las exigencias de la época, en que entren como factores imprescindibles la filosofía, la historia y estudio profundo de la religión, ni más ni menos que las labores femeniles; que no siempre es suficiente ni conviene la formación en el fondo del hogar, sino que sirve mucho la vida común y el régimen universitario. Todo esto lo logró con sus cuatro fundaciones, y el éxito brillante que á todas siguió. Hoy día son indispensablen estos planteles en Méjico, y la sociedad no podría vivir sin ellos. Podrán venir vicisitudes y cataclismos; se tendrán quizá que cambiar uniformes y métodos; pero estos planteles de educación superior femenil, subsistirán ó renacerán de sus cenizas.

Otra misión más ardua supo llevar á cabo en España la Madre Moran. Identificadas entonces vuestras hermanas, con razón ó sin ella, con un partido antidinástico, se consideraban las casas del Sagrado Corazón como centros de oposición al Gobierno, y la familia real no disimulaba su antipatía, sobre todo, después de ciertas imprudentes interpelaciones de cierto indiscreto predicador, en una reunión nada menos que de Hijas de María. ¡Quién hubiera creído que á la Madre Isabel Moran estaba destinado el papel de pacificadora, á ella, norteamericana de nación, y nombrada vicaria de España, en una época en que ya se iniciaban las hostilidades que dieron por resultado la independencia de Cuba! Y sin embargo, fueron tales su tacto y su diplomacia, que las antipatías se trocaron en simpatías, y la Reina, por primera vez después de muchos años, visitó una casa del Sagrado Corazón, siendo superiora la Madre Moran.



Con esta reconciliación terminó su misión sobre la tierra, y se vió palpablemente que la Providencia quería en adelante acrisolar aquella alma bendita y prepararla para su traslación á la Gloria. Muy pocos son aquellos á quienes el Señor concede la insigne gracia de que tengan su purgatorio en la tierra. Á dos de vuestras hermanas ha otorgado Dios este insigne favor. La una fué Filipina Duchesne, la otra la Madre Isabel Moran. ¡Cuánto se parece la historia de los últimos años de la fundadora del Grand Coteau, y de la creadora de la vicaría de Méjico! No sé si se escribirá la vida de la última; pero casi bastaría substituir algunos nombres en la biografía de la Madre Duchesne, para darnos la de la Madre Moran.

Difícil es concebir que el fuego del Purgatorio del mundo por venir sea más terrible que el que estuvo consumiendo durante siete años aquella alma bendita. Espinas agudas atravesaban continuamente su cerebro; espinas agudas perforaban sin piedad su corazón. Lo memoria, el entendimiento, la voluntad, padecían indecibles tormentos; y para mayor pena, no era el espíritu maligno quien la precipitaba de la escalera,

como á San Alfonso Rodríguez; eran ángeles los que la flagelaban, como á San Jerónimo en la famosa visión.

He aquí por qué tengo el firme convencimiento, de que al abandonar sus mortales despojos el 9 de Agosto próximo pasado, voló inmediatamente aquella alma bendita á los brazos del Celestial Esposo. He aquí por qué creo firmemente que nos está viendo desde su alto trono de gloria y bendiciendo nuestras empresas.

Estando tan próximo el primer aniversario de su fallecimiento, la gratitud exigía que os hablase de las virtudes de la fundadora de esta casa y esta provincia, á quien tanto debéis. No es esto empañar el brillo de la presente fiesta, pues su tránsito, como el de Santa Mónica, fué tan glorioso, que no con gemidos, sino con himnos de gloria, debe ser celebrado.

Honor, pues, á los vivos y á los difuntos, á los presentes y á los ausentes, que han contribuido á la prosperidad de esta casa. Honor á las alumnas que le están dando tanto lustre, y á las antiguas, que sirvieron de piedras fundamentales. Á todas aplaudo y á todas bendigo, y á todas comunico la especial bendición que les envía nuestro Santísimo Padre, Pío X.

# DISCURSO

DIRIGIDO POR EL ILMO. SR. OBISPO, EN EL SALÓN DEL TRONO DE SU PALACIO, AL CABILDO, CLERO, SEMINARIO, ALUMNAS DEL SAGRADO CORAZÓN Y MIEMBROS DE LAS ASOCIACIONES PIADOSAS, REUNIDOS

PARA FELICITARLO

EN EL 36º ANIVERSARIO DE SU CONSAGRACIÓN EPISCOPAL,

12 DE MARZO DE 1907.